

## INTRODUCCIÓN

Generalmente se comparte la opinión de que los asuntos de fe deben confinarse exclusivamente a los templos o a los centros de beneficencia pública. Sin embargo, la verdadera fe se vive más en la acción que en el sentimiento.

Si ello no fuera suficiente, para el catolicismo la acción no sólo es una consecuencia derivada de las convicciones, sino un mandato del mismo Jesucristo, que lo mismo decía “vayan y enseñen” que “vayan y practiquen.”

Ahora bien, en un país mayoritariamente católico, en una universidad y en una facultad como la nuestra, en la cual sus graduados organizan una misa de acción de gracias, ¿se puede ser economista y católico?, ¿se puede ser economista católico?, ¿tiene algo que decirle el catolicismo a la economía?, ¿pueden construir ambos, más que un diálogo de buenas intenciones, una acción compartida?

Me parece que las anteriores preguntas no sólo tienen respuesta afirmativa, sino que es necesario que en esta Facultad, en la que surgió el pensamiento económico en nuestro país, se lleven al debate y a la reflexión las posturas que la Iglesia católica sostiene en materia de economía, como una de las dimensiones del hombre.

Independiente de que se compartan o no las creencias de la religión católica, siempre será enriquecedor para el pensamiento económico cualquier visión homocéntrica, en tanto que la economía es ante todo una ciencia social, y como tal su fundamento se encuentra en una concepción del hombre como premisa básica en la aplicación del

método científico. La Iglesia católica no aporta este último, pero sí la primera, cuya importancia ha sido pasada por alto.

Para ejemplificar, la teoría de las preferencias reveladas de Samuelson para conocer o al menos intuir las curvas de indiferencia de un consumidor, sólo es aplicable en una visión para la cual el egoísmo humano es una virtud, en la cual la libertad de elección no está acotada por la responsabilidad propia, sino por el egoísmo del otro; en la que el trabajo es una mercancía más sujeta a los vaivenes de la oferta y la demanda porque no está vinculado a la dignidad humana, y por lo tanto, en el sistema de intercambios el derecho de uso, posesión y disfrute de los bienes no depende del ser, sino del tener. Y todo ello a pesar de la elegante formalización matemática de Samuelson.

De aquí la importancia de este debate, pues si bien al final de cuentas los economistas tenemos que trabajar con números, también es cierto que, al final, esos números representan personas, familias cuya dignidad debe defender y no disminuir la economía.

Así pues, el cometido de este trabajo es demostrar que efectivamente desde la fe, particularmente desde la fe católica, se pueden hacer aportaciones al pensamiento económico. Para ello, se tienen los siguientes objetivos:

***Objetivo general:*** Demostrar que la Iglesia Católica tiene una concepción filosófica del hombre a partir de la cual puede reordenarse el sistema económico.

***Objetivos particulares:***

1. Presentar la naturaleza de la doctrina social de la Iglesia, y particularmente de sus aspectos económicos.
2. Confrontar la concepción filosófica del hombre de los sistemas económicos más importantes, con la que propone la Iglesia Católica.
3. Exponer algunas modificaciones al sistema económico, derivadas de su articulación a partir de una nueva concepción del hombre.

La hipótesis de trabajo es la siguiente:

*Todo sistema económico está fundado en una concepción del hombre. Por lo tanto, el sistema económico sólo puede ser transformado para bien del hombre si se cambia dicho fundamento por uno integral, como el que propone la Iglesia Católica, de acuerdo con los Evangelios.*

Así, siguiendo una metodología de investigación documental, este trabajo se desarrolla en cuatro capítulos. En el primero de ellos se hace una presentación de la doctrina social de la Iglesia, sus antecedentes en el pensamiento católico, su conformación, y algunas de las objeciones que se le han planteado.

En el segundo capítulo se exponen las concepciones antropológicas —fundamentos filosóficos— de los principales sistemas económicos, así como la del catolicismo, ello para demostrar que efectivamente aquéllos se basan sobre la premisa de una determinada naturaleza humana.

En el tercer capítulo se exponen los planteamientos económicos de la doctrina social católica, fundamentados en su visión del hombre, más que como planteamientos técnicos, como criterios ético-normativos.

Finalmente, en el capítulo cuarto se presentan las conclusiones.

Miguel Angel Aguilar Manríquez.

Octubre de 2001.